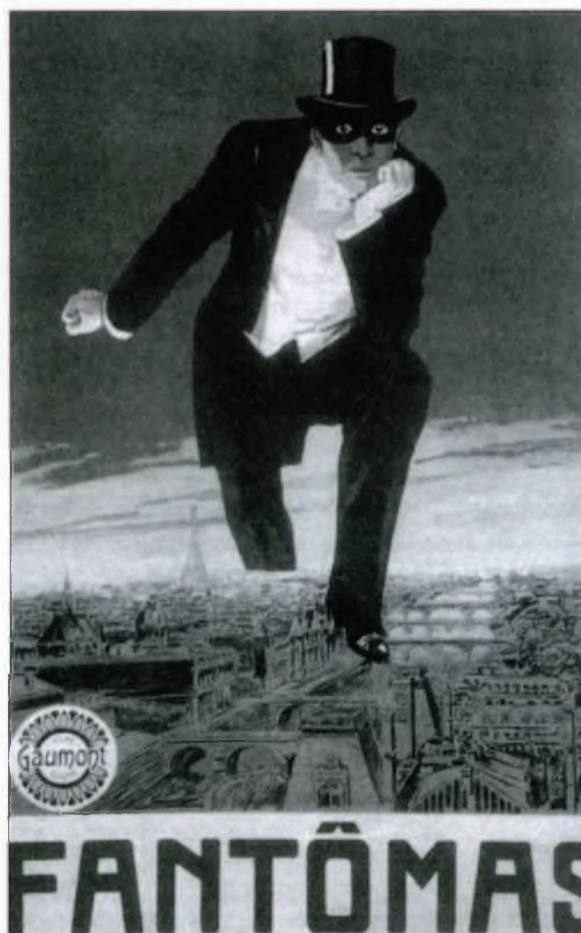


Fantômes

Su primer libro no se publicó hasta que cumplió treinta y ocho años. Era una recopilación de cuentos de fantasmas que recreaba la saga de su propia familia. Ni siquiera se había molestado en disimular cambiando los nombres, incluso varios de los personajes familiares que retrataba como fantasmas vivían aún. El Londres de 1820 no era muy tolerante con quien rompía las normas del decoro, pero Noel Albernoon había trabajado duro para costearse su propia publicación, y mantenerla así lejos de la mano de la censura. Sus fantasmas, según explicaba en el prólogo de la recopilación, merecían ser considerados con respeto, pues no eran otra cosa que fieles modelos de esos dioses griegos que tanto reverenciaba el mundo en las obras de Homero. Sus fantasmas arrastraban pecados de asesinatos y venganzas, y por supuesto, eran unos grandes fornicadores, o para ser más poéticos, seguían profanando las fronteras entre los vivos y los muertos para dar rienda suelta a una naturaleza amorosa desbordante y llena de pasión.

También confesaba Noel Albernoon en su prólogo, que siendo un adolescente, él mismo había presenciado en la vieja casona que la familia poseía a orillas del Támesis, cómo un hermoso espectro de largos cabellos rojos, que en otro tiempo había sido su tía bisabuela Elisabeth Albernoon, según se representaba en uno de los cuadros de la mansión, había entrado en la habitación de su abuelo Albert, y despojándose de su camisión, había seducido a aquel pariente mortal con una pasión y una lujuria que nadie creería posible en una mujer de esa época, y menos en una pariente muerta. El incesto se había producido delante de sus propios ojos, escondido tras unos cortinajes. Y explica cómo su tía bisabuela, tras culminar la unión, brillaba aún con una belleza más luminosa entre los brazos de su pariente. Y que antes de irse, el espectro de su tía bisabuela se volvió hacia él y le guiñó un ojo con picardía.

Con este atrevimiento, no es de extrañar que el libro de Albernoon fuera prohibido, y que paralelamente, se convirtiera en uno de los libros clandestinos de cabecera más populares. Se hicieron siete ediciones del mismo, y todas se agotaron enseguida. Sus fantasmas familiares no eran vampiros, ni almas en pena, al contrario, demostraban una vitalidad tan contagiosa, que incluso los vivos sentían florecer en ellos una alegría por la vida impropia de un país tan



dado a la bruma y al recogimiento. De lo que no habla Albernoon es de que de aquellas uniones incestuosas surgiera un vástago mitad fantasma, mitad mortal, aunque de sus continuas alusiones a la mitología griega, podría deducirse que hubiera sido posible. Igual que los dioses griegos se enamoraban de hermosas doncellas mortales y engendraban en ellas héroes de leyenda, de ese mismo modo, puede sospecharse que aunque no se declara abiertamente, también estos seres fronterizos formaran parte de la saga familiar de los Albernoon.

Noel Albernoon se tomó muchas licencias en ese prólogo para confundir al lector y hacerle creer que lo que en principio él había tomado como materia de ficción, sus fantasmas familiares, apareciera como algo real. En uno de los relatos el propio escritor declara que fue su propia tía bisabuela

Elisabeth quien le estimuló a escribir la historia de los Albernoon, y quien le desveló múltiples secretos. Por ejemplo, la causa de las continuas visitas a la alcoba del abuelo Albert. Al parecer Albert había sido en otra vida anterior prometido de la tía bisabuela Elisabeth, pero un hueso de melocotón había impedido que se consumara la unión. El abuelo Albert había muerto asfixiado con él delante de los ojos de su amada, durante un picnic en el bosque. Ella había permanecido soltera toda su vida, recordando con un amor empecinado al muerto, hasta el punto de llevarse esta obsesión a la tumba. Al morir, el alma debe quedar libre de sus pasiones mortales, si no es así, se transforma en un espectro que regresa una y otra vez a los escenarios de esa vida atormentada en la que no pudo consumir su destino. Por eso Elisabeth Albernoon no había podido volver a compartir su amor con Albert en una nueva reencarnación. Sin embargo su espectro sí lo reconocía y lo gozaba, desafiando los límites entre la vida y la muerte.

De los veinte cuentos de fantasmas que Noel Albernoon recoge en esa primera recopilación, cinco abordan de forma crítica el encorsetamiento de la sociedad londinense de la época. Sus fantasmas le sirven de comodines para expresar todo aquello que en boca de un mortal podría llevar incluso a la cárcel. Arremete contra las hipócritas formas que estrangulan la vida en las relaciones sociales del Londres en el que vivía, e incluso alguno de sus fantasmas decide emigrar directamente a las colonias, porque el clima cálido de la India, por ejemplo, y sus exóticas costumbres le son más afines para expresar su perdida carnalidad. En concreto en uno de estos cuentos, *La flor del té*, uno de sus fantasmas hace un compendio de las principales virtudes de la vida en las plantaciones de té. Allí se recrea describiendo la hermosura de las nativas, siempre de forma idílica, sin enjuiciar el papel explotador de los ingleses hacia los súbditos de las colonias. El fantasma describe los aromas y los colores con tal exactitud, que se diría que el propio escritor hubiera estado allí alguna vez. Este fantasma fugitivo es capaz en un arrebatado de embeleso de cambiar sus propias creencias religiosas y convertirse al hinduismo, transformándose en el fantasma de un templo plagado de monos y bellas esculturas amatorias.

En cuanto a los parientes vivos, después de que Noel Albernoon publicara su libro, tuvo numerosos pleitos que estuvieron a punto de acabar de forma trágica. Ninguna ley podía condenar a un escritor por llamar a sus personajes con nombres que pertenecían a gente real, ya que había múltiples casos de nombres y apellidos que se repetían, incluso sin que las personas tuvieran relación entre ellas. Pero aunque Noel Albernoon se libró de la cárcel y su libro tuvo que distribuirse de forma clandestina,

más por indecoroso que por otra cosa, estuvo a punto de entrar a formar parte de la saga de fantasmas de la familia, al ser atacado por matones a sueldo, que él supuso habían sido contratados por sus parientes vivos, entre ellos el Coronel Abraham William Albernoon, al que convirtió en su relato *La envidia con bigotes blancos* en un fantasma envidioso, que tras haber sido espía en su vida mortal, y no sólo para su país, en su vida de fantasma era el más cotilla de toda la saga, el más injurioso y pérfido, si bien resaltaba en él una cualidad: su gran amor por los gatos. Hasta el punto de haber logrado que uno de sus gatos preferidos, un atigrado marrón, se convirtiera en el primer gato fantasma de la historia de la humanidad.

Noel Albernoon nunca dudó de su genio. Él mismo se pasea por varios de sus relatos como si fuera el dueño y señor de todo, el don juan del talento, haciéndose alabar por otros personajes, y desarrollando con su propia voz toda una poética del relato. Para él un buen relato debe ser siempre autorreferencial, aunque aparentemente sea fantástico o grotesco. El escritor no puede falsear lo que es, sólo adornarlo con las máscaras adecuadas. En *La mirada del agua*, el relato que más refleja su propio idearium creador, lleva a dos de sus espectros al carnaval de Venecia, utilizando precisamente este escenario como alegoría. Los dos fantasmas, adornados con los trajes más hermosos de toda Venecia, pronto son la admiración de la ciudad. Detrás de sus máscaras sonríen a los vivos. Sin embargo el agua les recuerda una y otra vez su condición de espectros, al no reflejar sus cuerpos etéreos. La verdad subyace siempre tras cualquier escenario, autobiográfico, gótico o modernista, siempre es el escritor invocando fantasmas con los que rellenar sus carencias, o las de los demás.

Lo más probable es que Noel Albernoon no se hubiera topado en toda su vida con un fantasma, y que ni siquiera creyera en su existencia, pero la riqueza de matices que despliega en sus cuentos pueden hacer creer al más inocente que el escritor tenía poderes de medium, y que para escribir su libro, había contactado antes con todos los fantasmas de la saga familiar erigiéndose en su cronista. Sin embargo, murió joven, cuando apenas contaba cuarenta y cinco años. Y según cuenta una de sus sobrinas en su diario, le encontraron sentado en las escaleras de su casa, con los ojos muy abiertos y totalmente lívido. Duró unos días con este gesto aterrorizado, hasta que murió. Solamente una palabra salió de sus labios antes de expirar. Pero ésta aparece borrada por la humedad en el diario de su sobrina.

Madrid, octubre 1997